

SABATINAS INTEMPESTIVAS GREGORIO MORÁN

¡Qué grande fuiste, Barrett!

Se llamaba Rafael Barrett Álvarez de Toledo y estaba a punto de cumplir treinta y cinco años cuando se lo llevó la tuberculosis en una residencia de Arcachon, en el país de las Landas y las ostras, mirando al mar Cantábrico, el mismo mar de su infancia, y cerrando el ciclo de una de las vidas más fructíferas y conmovedoras que le haya tocado vivir a un escritor español entre dos siglos. Acaba de publicarse una selección de sus artículos bajo el hermoso título de "A partir de ahora el combate será libre", tomado de uno de los textos barrettianos. Una joya insólita en el panorama editorial español y que, con absoluta seguridad, no le van a recomendar los pestiñosos suplementos literarios, entre otras cosas porque no tiene amigos entre los críticos -murió pronto hará cien años-, la casa editora es marginal (Ladinamo Libros) y, por si no fuera bastante, apenas nadie sabe algo de él.

No se avergüence de no saber quién era Rafael Barrett, pero avergüéncese de la época que vivimos; no porque sea peor que las anteriores, sino porque es la que le tocó a usted y se lo exige su responsabilidad de ciudadano, o su honor de persona. Ese fue el caso de Barrett, precisamente. Un hombre de honor por encima de ser escri-

tor, periodista, radical, anarquista y padre de familia. ¿Se han dado cuenta de que la expresión "un hombre de honor" ya sólo la utiliza la mafia? Yo tampoco sabía quién era Rafael Barrett hasta hace bien poco, cuando un amigo desde muy lejos me llamó para leerme por teléfono un artículo titulado "Gallinas", que empieza así: "Mientras no poseí más que mi catre y mis libros, fui feliz. Ahora poseo nueve gallinas y un gallo, y mi alma está perturbada". Este sobrio comienzo abre un relato sarcástico de las desventuras de un pequeño propietario; un breve texto antológico, digno de enseñarse en las escuelas de periodismo. (Siempre he tenido interés por saber qué enseñan en las escuelas de periodismo). Luego mi amigo insistió y siguió colgado del teléfono leyéndome la singularísima necrológica por el alma del rey Leopoldo I de Bélgica, el negrero, y he de admitir que desde entonces me convertí en un ansioso buscador de textos y datos sobre Rafael Barrett. Hoy puedo decir que mereció la pena y, dentro de las innúmeras vergüenzas culturales que uno trata de llevar con dignidad, sería imperdonable seguir arrinconando a este personaje excepcional, como escritor y como tipo humano.

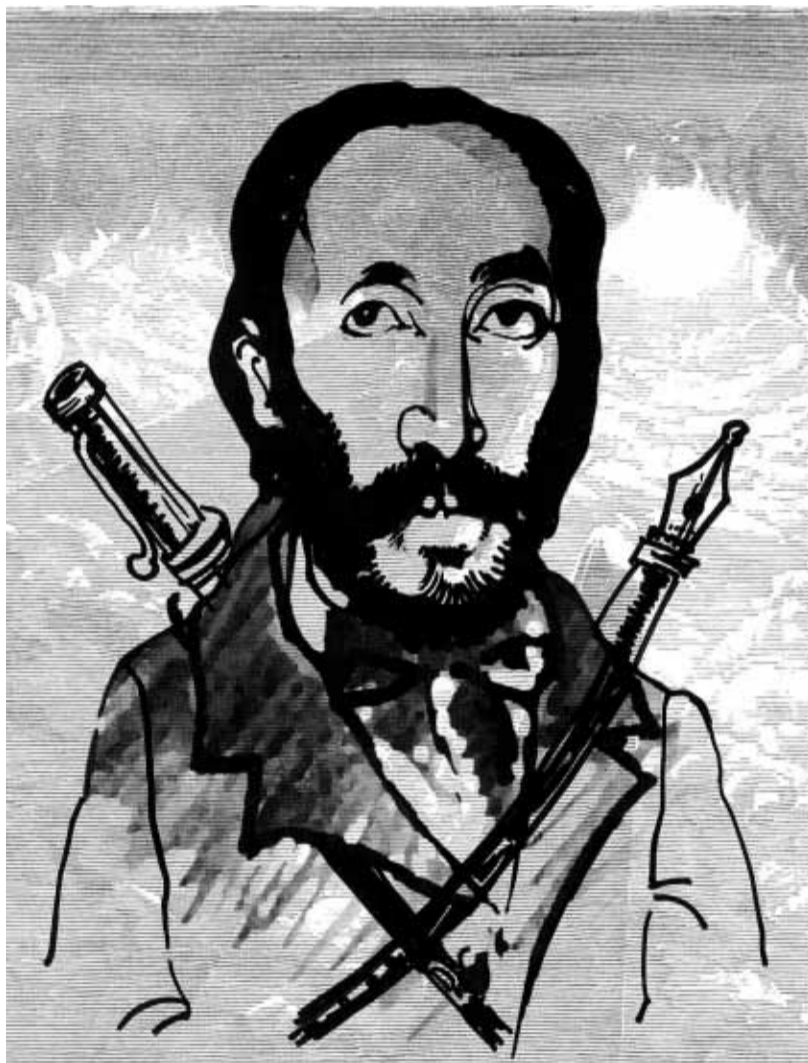
Rafael Barrett nació en Torrelavega cuando esta villa cántabra no era más que un importante cruce de caminos y no la ciudad industrial y maloliente que hoy es. Familia de la mejor sociedad de la época, pero de la que apenas se sabe nada, fuera de que su padre era inglés -¿qué demonios debía hacer un caballero de Coventry en Torrelavega!- y su madre descendiente de los duques de Alba, de la línea denominada "de Villafranca del Bierzo", la que surgió después de que don Pedro, segundo duque de Alba, dejara preñada y sin casar a la noble berziana doña Cecilia, de cuyo breve gozo saldría don Juan Álvarez de Toledo, "el de Villafranca del Bierzo". No existe ninguna biografía de Rafael Barrett y menos aún de su etapa española, nada menos que sus veintiséis primeros años de los treinta y cuatro que vivió. Se sabe que hablaba, leía y escribía en tres idiomas -castellano, francés e inglés-, que había estudiado el bachillerato en Francia y que estaba a punto de terminar Ingeniería de Caminos en Madrid cuando ocurrió el incidente que cambiaría el curso de su vida. Su formación era insólita no sólo para la España de su tiempo. A la familiaridad con la que escribe de Nietzsche o de Bergson, o de la filosofía anglosajona de Emerson o James, se sumaban conocimientos científicos de altura, especialmente en la matemática -se conserva la fórmula sobre números primos que envió al eminente matemático francés Henry Poincaré-, y tocaba el piano con brillantez; son agudas sus referencias a la música de Debussy, un desconocido casi total en la España culta de 1900. Y por si fuera poco lo de esta especie de mirlo blanco llamado Rafael Barrett, al decir de

Ramiro de Maeztu, que lo trató entonces, era "un joven de porte y belleza inolvidables", es decir, guapo, alto y elegante.

Demasiado para la España de 1902. Un tipo así, que además no frecuentaba -lo cuenta Maeztu- el Café de Fornos ni el Salón Japonés; es decir, que ni era tertuliano ni putero, sino que iba al Real -ópera- y a la Filarmónica -conciertos-, estaba dentro de toda sospecha social. Así ocurrió que un conocido abogado madrileño, José María Azopardo y Camprón, aseguró de él en público que era maricón -o pederasta, según la expresión más fina de la época y que recoge el propio Barrett-. Y ahí surgió la verdadera naturaleza del hombre de ho-

RAFAEL BARRETT FUE

un hombre de honor por encima de ser escritor, periodista, radical, anarquista y padre de familia



DESCONOCIDO EN España, de él dijo Augusto Roa Bastos que "enseñó a escribir a los escritores paraguayos", y Borges recomendaba su obra

nor que era Rafael Barrett. La primero que hizo fue retarle a duelo, y como el miserable Azopardo se enterara de que el tal Barrett era un as con el florete o la pistola, y como amén de cobarde tenía magníficas relaciones con la corte, ahí es donde entra nada menos que el duque de Arión, presidente del Tribunal de Honor. Cuando uno deseaba escaquearse de un duelo y quedar bien en sociedad, se dirigía al Tribunal de Honor para que considerase que el adversario "no era digno de apelar al terreno del honor para ventilar como caballero la ofensa recibida". Eso exactamente le dejó escrito el duque de Arión a Rafael Barrett. El asunto es como un retrato de la alta sociedad madrileña de la época. Barrett quiere lavar su honor mancillado supuestamente por la acusación de pederastia y hace dos cosas que de verdad no pueden menos que conmovernos. Una, ir a los médicos. Exactamente seis galenos de la capital -tres especialistas y tres forenses- testificarán

que Barrett no es homosexual. Detengámonos un momento, porque el asunto es de cine. Es decir, que Rafael Barrett pide a seis médicos que certifiquen que su culo está como una rosa, imagino; eso que en lenguaje carcelario significa que nadie le ha roto el culo (expresión por cierto que hoy utilizan los adolescentes, sin saber de dónde procede, como signo de pasárselo muy bien). Esa fue la primera decisión, que ya es tomarse el asunto en serio. La segunda va a ser definitiva. El jueves 24 de abril de 1902, cuando el todo Madrid está presente en la sesión de gala del Circo Parish, entra Barrett y apalea al duque de Arión ante todo el mundo ¡y con una fusta, como si se tratara de un caballo! El incidente apareció en todos los periódicos y supuso un escándalo tan monumental que acabaría obligándole a marchar de España. Pero la venganza no era sólo mantener la calumnia de su supuesta pederastia, no se contentaron con eso, sino que además, y esto sí que me parece la mayor de las crueldades, la prensa capitalina publicó la noticia de que el joven Rafael Barrett acababa de suicidarse en Biarritz. Calumniado y muerto, no le queda más remedio que marchar a América.

Primero Buenos Aires, luego Paraguay -"el sitio donde me hice bueno" y donde se casará y tendrá un hijo- y Uruguay, donde le llegará la breve gloria de sus últimos años. Sin un duro, se irá abriendo camino como periodista, consiguiendo desde el primer momento un estilo de una profundidad y una eficacia expresiva que llaman la atención. De él dirá Augusto Roa Bastos que "Barrett nos enseñó a escribir a los escritores paraguayos de hoy", y Jorge Luis Borges, cuando se edita en Buenos Aires, en 1932, "Mirando vivir", le escribirá a un amigo: "Ya que tratamos temas literarios, te pregunto si no conoces un gran escritor, Rafael Barrett, espíritu libre y audaz. Con lágrimas en los ojos y de rodillas te ruego que vayas derecho a cualquier librería y le pidas al dependiente que te salga al encuentro un ejemplar de 'Mirando la vida' -Borges equivoca el título-... Es un libro genial". El pensamiento de Barrett, en los apenas siete años de producción, evoluciona desde un individualismo muy influido por Nietzsche a un anarquismo que deberá mucho a Tolstoi, pero que es inclasificable por los problemas que aborda y por la manera brillante y eficaz de exponerlos. En vida sólo consiguió ver publicado un libro -"Moralidades actuales" - y ponerle título a otro, "El dolor paraguayo", que aparecería póstumo.

Enfermo terminal de tuberculosis, embarca en el "Re Umberto" hacia Europa, con la esperanza de que los procedimientos del doctor Quintón, en París, puedan curar lo que parecía ya incurable. La única ciudad de España que volverá a pisar desde que la abandonara, socialmente desahuciado, será Barcelona. En la hermosa carta que le envía a su esposa escribe: "Acabo de llegar a España, de la cual lo primero que he visto de cerca es el castillo de Montjuich. ¡Lo echaremos abajo! Pero esta Barcelona es admirable... Esta ciudad me parece magnífica herramienta. Aquí estallará la revolución que transformará a toda la península". Era un 22 de septiembre de 1910 y un año antes había sido fusilado en Montjuic Francisco Ferrer y Guardia, a quien Barret dedicó un sentido e inteligente artículo. Ese era el Barret radical y entusiasta, y luego estaba el no menos entusiasta y emotivo, el que escribió conmovedores artículos sobre su hijo, Álex, o esta especie de copla gozosa a su mujer durante una de sus peores épocas americanas, que fueron también muchas: "Mi panchita -se llamaba Francisca López Maíz-, te amo, te lamo, clamo por tu amor y reclamo: 6 huevos y 3 naranjas". Acabó en Arcachon, un día de diciembre de 1910, con la única compañía de una tía paterna, de la que tampoco se sabe nada salvo que se llamaba Susan Barrett. Volvió al mar de su infancia, el Cantábrico, y no lejos del Biarritz de su juventud dorada. La noticia de su muerte causó impresión en la prensa de Paraguay, Uruguay y Argentina. En España no se enteró nadie, llevaba ocho años muerto.●

JAIME ARIAS

Los Bush en Europa

Las relaciones políticas y diplomáticas Europa-Estados Unidos han entrado en el previsible periodo de remiendos. El interés es común y la lógica se impone. El desorden internacional exige cordura y un consenso mínimo a las naciones occidentales. Pero debe de ser de buen grado, no a la fuerza, y sin imposiciones. Además, las cosas después de la guerra de Iraq no pintan cual esperaban en Washington, donde, por otro lado, el del interior, siguen pesando las consecuencias de los escándalos financieros. Y en Europa, ni el Gobierno francés ni el alemán están para alegrías.

En resumidas cuentas: se intenta volver a una situación fluida y normal entre aliados transatlánticos. En Evian esperan que el presidente Bush asista a la cita de los G-8. De momento, en París, Colin Powell tanea el terreno y, en Roma, Bush senior tomó el pulso local, a sabidas de que la capital italiana fue rabiamente antibelicista, hasta el punto de no atreverse Berlusconi a desafiar el firme "no a la guerra" del Pontífice. El ex presidente estadounidense aprovechó la presencia de Ciampi para elogiar a su propio hijo y dar seguridades sobre los proyectos de ordenamiento del futuro.

La visita del veterano estadista norteamericano fue oportuna. Coincidió con la aparición de Gorbachev en Turín, donde presidió la constitución de un foro político mundial -el World Political Fo-

GORBACHEV:

"Un mundo unipolar no puede encontrar soluciones a los problemas de la crisis"

rum- del que es alma y cerebro. Su intención es responder al deseo de multilateralismo. (Con igual idea, el anfitrión de Evian, Chirac, ha invitado a varios estadistas de otros mundos para que participen en algunas reuniones del G-8.)

"Un mundo unipolar no puede encontrar soluciones a todos los problemas de la presente crisis", justifica Gorbachev. Añade que ante el actual desorden y las angustias que aquejan al mundo, "escogemos el criterio de la diplomacia preventiva". Clara respuesta al concepto de "guerra preventiva". Lo dice un hombre a quien, justamente, mucho debe la paz europea. Pocos dirigentes hicieron tantos méritos para evitar el choque entre los dos bloques continentales. Y a la hora de la "perestroika", sorteó los riesgos de guerra civil que amenazaban a los pueblos ex soviéticos.

"¿La guerra de Iraq ha resuelto el terrorismo?", pregunta Gorbi en "La Stampa", y contesta: "Evidentemente no". Por eso mismo, tanto él como políticos responsables de las dos orillas apuntan que la hora es de consenso en la ONU y de coordinación contra el terrorismo, al tiempo que en Bruselas arrancan por fin los planes de autodefensa. El llamamiento de relevantes personajes norteamericanos que encabeza la señora Albright también es muy significativo respecto al deseo de restablecer el equilibrio en las relaciones transatlánticas.

Señales de crisis económica y de laxitud en las estructuras sociales y democráticas reclaman especial sentido de responsabilidad ante ciertos predominios, cual el poderoso complejo militar-industrial.●